

LA NAVEGACION DE JULIAN

Madrid, Agosto 1958

- ¿Cómo te encuentras? - preguntó el abuelo.
- Mejor - contestó el nieto.
- ¿Quieres que abra del todo la ventana?
- No, está bien así.
- Hace calor. Te echaré abajo la colcha.
- No, estoy bien así.
- Como quieras, hijo.

Era una noche de agosto. Por la entreabierta ventana del cuarto entraba una ligera brisa, procedente del próximo mar. Todo el día había estado cayendo el sol a plomo sobre la pared del cuarto piso donde habitaban el matrimonio viejo y la joven madre de Julián, en la calle Trocadero, cerca del muelle.

El niño tenía catorce años y llevaba cinco meses metido en la cama. El abuelo tenía setenta y llevaba cinco meses errante y pensativo. Con su bastón entre las piernas y la boina marinera en la cabeza, chupaba lentamente de la pipa vacía, sentado en su sempiterna butaca. Sabía que el humo enturbiaba el aire de la habitación y que eso era perjudicial para el pequeño tuberculoso. De vez en cuando salía un rato al otro cuarto y pegado a la ventana, llenaba apresuradamente la pipa con su rudo tabaco marinero y la encendía, respirando con delicia durante unos momentos el fuerte aroma de la solanácea. No llegaba nunca a terminarla. Una fuerte desazón le invadía de repente y golpeando la pipa contra el dintel de la ventana, vaciaba los ardientes granos de tabaco, que iban lentamente oscilando hasta perderse sobre el asfalto de la calle.

Julián, cuando lo veía entrar de nuevo, sonreía con una vaga melancolía en los labios descoloridos. Se entendía bien con el abuelo. Desde que tenía uso de razón habían sido muy amigos, porque ya el abuelo estaba jubilado. El abuelo había sido marino toda la vida y en las historias que contaba al niño para endulzar la monotonía de sus largos males, estaba siempre la sugestión del mar, perenne y vi-

vaz como en el alma de su cronista.

Detrás de la calle donde vivían, tapado por la manzana de casas que constituía la pared de enfrente, estaba el puerto de Laverna, con las aguas azules del Atlántico batiendo suavemente sobre la piedra del muelle. Pedro, el abuelo, y Julián, el nieto, desde que éste había podido moverse por sí mismo y aun antes, - agarrado a los pantalones del jubilado lobo de mar -, habían ido todos los días al puerto. El tío Pedro era considerado en la ciudad como una autoridad en materia marítima, debido a sus cincuenta años de navegante por todos los mares. En las tabernas del muelle, adonde solía ir con frecuencia a charlar con el tío Sebas y Juanito el Forzudo, compañeros de sus antiguas lides, se le consultaba como un oráculo cuando se trataba de localizar un cabo dudoso, de hilvanar una leyenda malamente recordada o de saber qué maniobra sería necesario realizar cuando en una tempestad al palo mesaba se lo habían llevado todos los diablos.

A partir de los cinco años, Julián, llevado por el abuelo, se había familiarizado con los entresijos de todas las embarcaciones que atracaban en el muelle de Laverna, desde el Mauritania, el lujoso paquebote que quincenalmente recalaba en la bahía, hasta la barquilla del "Tostao", el jornalero de mar más pobre de la encalada. Todos los capitanes le conocían y le respetaban, interrogándole a veces alguno menos ducho sobre tal ó cual rompiente que no se veía muy clara en las cartas de navegación. El tío Pedro no se hacía el orgulloso. Tenía una memoria fabulosa. Su cerebro era mejor que cualquier archivo y respondía siempre a las mil maravillas a las preguntas de su dueño. En verdad, se le consideraba el Sumo Pontífice en aquel mundo familiar y austero, alegre y misterioso a la vez, donde la leyenda entroncaba con la matemática, el dato preciso con la fantasía imaginativa, el hallazgo de un problema con la belleza de un recuerdo.

María, su mujer, siempre en danza en la cocina, con sus sesenta y cinco años ágiles a pesar de la dura brega de la casa, llevada por tan largo tiempo, miraba a su hombre como si aun tuviera los veinte

con que lo conoció. Había conservado hasta entonces casi todos sus dientes y en su sonrisa, cuando veía descender a Julián con el abuelo por la estrecha callejuela que llevaba al puerto, había el reconocimiento tiernamente nostálgico de una felicidad largamente sostenida entre los dos, una felicidad que se había remansado al fin, al desaparecer el riesgo de su hombre en las largas navegaciones y el sinvivir de las cartas penosamente garrapateadas en el camarote del barco.

La hija, Marta, la había acompañado mucho. Se fué a vivir con ellos desde que perdió a su marido en la guerra, dejándola con el hijo de cuatro años y sin el sostén del Montepío, que aun no existía. Contra el parecer de sus padres, Marta, que ahora tenía treinta y dos años, pidiendo acá y allá prestado, consiguió poner un taller de planchado en la calle de las Huertas. Con la ayuda de una prima suya, que le prestó los cuartos para el traspaso del local y luchando con su timidez innata, empujada por el hijo, consiguió salir adelante. Poco a poco la menuda tienda se fué rellinando de ropa blanca y de planchas eléctricas; Marta hasta llegó a tener dos mozas para que le sacaran adelante "lo más gordo". Era un trabajo de pulmones que agotaba y sobre todo en el verano hacía sudar en abundancia a las tres mujeres, que se ventilaban las canastas de ropa a fuerza de brazos. Pero Marta se encontraba satisfecha a pesar de la gran cantidad de trabajo, a la que apenas daban abasto. Ambicionaba comprar un chalet cerca de la playa, en el paseo de las Acacias, adonde trasladarse con sus padres y el niño y desde donde poder contemplar el mar, cuando llegara rendida por la noche a casa. Aquel cuarto piso, con sus innumerables escalones, su bochornoso verano y su aterido invierno, la pesaba casi tanto como el trabajo de la tienda.

Pero todos aquellos proyectos se los había llevado el viento. El niño empezó de pronto a adelgazar, a comer mal, a no poder dormir por la noche.

Y fué el anciano el primero en observarlo. Fueron a ver a don Jorge Pastrana, el médico de ellos de toda la vida. Don Jorge, un hom-

bre cordial y maduro, meneó la cabeza al enterarse de los síntomas. Lo metió en la pantalla, diagnosticando una tuberculosis que era necesario cuidar con urgencia. Recomendó reposo absoluto, antibióticos y un tratamiento especial de neumo, amén de una sobrealimentación a base de sólidos preparados, jamón, carne, huevos. Sin dejarse ver por ninguno de sus camaradas del colegio, para prevenir un posible contagio.

Pero Julián tenía tan escaso apetito que la mayor parte de lo que comía, realizándolo sólo a base de tesón, empujado por los abuelos y la madre, lo vomitaba. Fué necesario habituarlo a comidas muy breves y con aspecto muy cuidado y dadas de dos en dos horas, mejor que comidas fuertes en las horas normales. El tratamiento de neumo le fué practicado por don Jorge la primera vez en la casa y en su clínica las sucesivas. Al principio le acompañaba la madre, pero viendo que la cosa se iba resolviendo sin dificultad y atendiendo al negocio que se descuidaba, fué el abuelo el encargado de acompañarlo. Para ello, cada quince días venía a recogerlos la berlina de Plácido, el cochero amigo de la casa.

Julián, a pesar de la enfermedad y del forzoso enclaustramiento a que la cama le obligaba, sin poder recibir a ninguno de sus amigos, soportaba bien ^{los males.} ~~la enfermedad~~. Casi siempre tenía a su lado al abuelo y éste le iba a buscar revistas y libros todas las mañanas al kiosco de la plaza Real, bajando lentamente a fuerza de bastón los cuatro pisos que lo separaban de ~~la calle~~ la calle y lo que resultaba más grave, subirlos. Ya habían pasado algunos años desde que empezó a llevar al niño a la bahía y las piernas ya no le obedecían tan bien como antes, a más de que la noticia de la enfermedad del nieto, que se le anticipó como grave, había sido un duro golpe para él. Aquella robusta encina había recibido su primer hachazo.

Ya sólo bajaba para traerle las revistas y los libros. Había desaparecido su gusto por el muelle, tan hondamente arraigado en su

corazón, porque representaba su juventud. El diario viaje al kiosco de la plaza y ya volvía a meterse en aquel cuarto piso, sin tener siquiera deseo de ver el mar, que se embalsaba lentamente, como un dios dormido, detrás de la muralla de casas que formaban la calle donde vivían. Algunos compañeros, enterados de la enfermedad del niño y compadecidos de la pena del anciano, iban a visitarle alguna vez. El tío Sebas y Juanito el Forzudo aparecieron un día por allí, tratando de animarle con el recuerdo de cosas comunes.

Pero el enfermo acababa de tener un brutal acceso de tos y su cabeza, reposada sobre la almohada, con los ojos negros hundidos en el flaco rostro, vecino de la sábana blanca, impresionaron a los dos viejos marinos. El tío Pedro, sentado en su butaca de la cabecera, lo miraba de vez en cuando, contestando con monosílabos a las preguntas de los otros. De vez en cuando miraba por la ventana y había en sus ojos una tristeza insondable. Chupaba distraídamente de la pipa vacía y su mano sarmentosa se apoyaba sobre el brazo de la butaca con una fatiga moral que dejó mal impresionados a los dos camaradas, que se retiraron, viendo que no era ocasión de plática, sino de callar y marcharse.

Pero, muy despacio, todo aquello iba pasando. El niño, que había perdido el gusto por las cosas, iba recobrándolo con lentitud, pero a la vez con seguridad. Al compás que Julián recobraba su perdido apetito, que sus ojos se animaban con el ruido vago del mar que sonaba en la playa cercana, toda la casa parecía despertar del sopor calenturiento en que había estado sumida cuando la enfermedad estalló en toda su crudeza. Entonces todo había sido lento y triste, no se oía una voz más alta que otra, sino tenues murmullos, suspiros ahogados, pasos que se arrastraban por los pasillos estrechos, tazas que se depositaban fatigadamente sobre las mesas, todo con un vago olor a enfermo en toda la casa, donde el sabor de medicinas flotaba de continuo en el ambiente.

Aun no había sido levantado el cerco previsor del contagio. Aun

los dos íntimos de Julián, Esteban y Jorgito, estaban prohibidos en la habitación del enfermo. Eran dos estudiantes casi de su misma ~~edad~~ edad. Esteban era hijo del farmacéutico Rendaldas, que tenía su botica frente al taller de planchado de Marta y que todas las tardes, aburriéndose como una ostra, salía a echar un rato de palique con la planchadora y sus dos ayudantas. Estas, no por eso interrumpían su labor, sino que contestaban al boticario a través del vaho que despedían las calientes planchas al entrar en contacto con la ropa húmeda.

Jorgito, de doce años, era hijo de Valle, el dueño del bar "La Tosca", de la calle Santa Cecilia. Más de una vez, los tres amigos, aprovechando la ausencia del padre de Jorgito, se habían metido en la trastienda y se habían tomado una copa de riquísimo Jerez, cuyos efectos ellos se apresuraban a paliar con una rodaja de merluza, un trozo de pan amantecado o una tajadita de bacalao frito. Luego, para despistar, entraban en la casa, que comunicaba con el bar, y pasaban la tarde jugando al meccano, al parchís o riñendo con Belita, la hermana de Jorge. Era una niña rubia de unos doce años, de finas facciones y alegre risa. Tenía unas trenzas largas que le llegaban a la cintura y un alocado temperamento que contrastaba con la seriedad de Julián. Ella le hacía rabiar con cualquier jugarreta y él de vez en cuando le sacudía fuerte y allí se armaba la de San Quintín. Hasta que llegaba doña Bernarda, la madre, y empezaba a sacudir mamporros a diestro y siniestro con tal imparcialidad que en menos de un minuto ponía aquello como una balsa de aceite. Y nada de lloriqueos. Había un compromiso entre los cuatro, por el cual estaba prohibido derramar lágrimas, así llovieran palos como sartenes.

Pero Belita hacía ocho meses que estaba interna en un colegio de Utrera, que llevaban monjas salesianas. Jorge Valle, hombre fino e inteligente y buen andaluz si los hay, en plan de educación de los hijos no se paraba en barras. Jorgito empezaría pronto el bachiller;

luego ya decidiría él mismo lo que quisiera ser; en cuanto hubiera pasado el sarampión de la pubertad y tuviera más horizonte. El alimentaba secretamente la esperanza de que llegara a ser hombre de estudios, un buen médico que se especializara en alguna cuestión, montando una clínica moderna en la capital. Pero no pensaba en imponerle nada. A su debido tiempo una sugerencia, y basta. De la niña ya se ocupaba su mujer, pues, lo que él decía, los varones con los pantalones y las hembras con la rueca.

Pero Belita no era niña de rucas. En cuanto llegó a Laverna, insistió tanto en ver al enfermo, que fué ella quien rompió el duro cerco que las tres familias le tenían puesto.

El tío Pedro estaba fuera y fué la abuela quien los recibió. Ya el médico había dado tranquilizadoras noticias sobre el contagio, pero la tía María vacilaba en dejarlos pasar, pues le habían recomendado continuara la prohibición, por un exceso previsor. Hasta que Belita, introduciéndose por detrás de ella, logró entrar en la habitación de Julián.

Se detuvo en el umbral. El enfermo tenía los ojos cerrados y su enorme palidez asustó a la niña, que fué avanzando muy despacio, seguida de sus dos compañeros. Esteban dió suavemente con el pie en la pata de la cama y Julián abrió los ojos, despertando de su modorra.

- ¿Qué? - se sobresaltó.

Luego, al reconocerlos, enrojeció. Se quedaron los cuatro mirándose, sin saber que decir. Al cabo de unos momentos, Belita, impulsivamente, lo besó en la mejilla. Jorge y Esteban le tendieron la mano, que Julián estrechó, muy emocionado.

- ¿Cómo estás? - preguntó Belita - Estos dos no se habían atrevido a venir. Yo llegué esta mañana. Me han dicho que estabas malo desde hace cuatro meses. No me lo mandaron a decir siquiera. Pero ahora ya estoy aquí.

Julián tuvo de pronto una alegre risa. Se sentó en la cama.

- Eso es lo que importa. Que hayas venido - corrigió - Que hayáis venido... y me alegro de veros. Os he echado mucho de menos, pero era peligroso venir. Me lo dijeron. Ya me encuentro mejor. Pero - añadió al ver que seguían de pie - sentaos donde podáis.

Belita se acomodó al pie de la cama, mirándolo con curiosidad. Los otros se sentaron sobre el pequeño sofá que había junto a la consola. Julián observaba a los tres, sintiendo una íntima satisfacción al confirmar en su interior la evocación en la soledad de sus rostros.

Hubo un momento de silencio. Lo rompió Belita, preguntando:

- ¿Te encuentras mejor?

- Ahora sí, mucho mejor - sonrió amplio Julián - ¿y vosotros?

- Nosotros queríamos venir - dijo Esteban - pero aquí no nos han dejado entrar ninguna de las veces que hemos venido. Tu abuelo decía que era peligroso el contagio.

La niña le miró con desprecio.

- ¡Bah! Tú eres un tonto.

El otro se aturrulló, pero Jorgito acudió en su defensa.

- Sí, es verdad, hemos venido aquí muchas veces y ninguna nos han dejado entrar. Unas veces el tío Pedro y otras tu madre y nunca nos dejaban pasar. Tenían miedo de que nos contagiara la enfermedad que tienes.

- ¡Cállate, estúpido! - le interrumpió vivamente Belita, levantándose - No digas más tonterías. La amistad es la amistad. Cuando se es amigo se pasa por encima de todo. ¿Ves? Yo he llegado y he entrado. Así es como hay que hacer las cosas.

- ¡Déjalos, Belita! - pidió Julián - Si no los dejaban entrar...

- Pero es que...

El ruido de un bastón en la habitación contigua la hizo callar.

- Ahí está el abuelo - dijo Julián.

Los dos niños hicieron intención de levantarse, pero Belita les hizo ademán de estar quietos, adelantándose ella.

Desde el umbral, el abuelo les contemplaba. Traía el ceño levemente fruncido. Con su boina marinera, sus espesas cejas arqueadas, su gran

pipa entre la abundante barba mal recortada, componía una estampa barrojana. Bajo el brazo portaba un montón de revistas y alguna novela.

Belita se le acercó.

- Buenos días, tío Pedro. ¿Cómo está usted? He llegado esta mañana de Utrera y hemos venido a ver a Julián.

El abuelo los miró a los tres detenidamente, fijando al fin su mirada sobre el enfermo, que le sonreía. Poco a poco su ceño se iba aclarando.

- Bueno -dijo - creo que el contagio ha pasado ya y que no hay nada que temer. Pero no teníais que haber venido sin avisar.

- Pudimos convencer a la abuela - aseguró la niña.

- !Hum! - el abuelo meneó la cabeza, mirándola con cierta malicia - No es eso lo que ella me ha dicho.

Belita enrojeció, replicando:

- Bueno, no ha sido eso talmente, pero... ha sido muy parecido. Además, teníamos tantas ganas de verlo...

- Ya, ya - arguyó el marino, volviendo la cabeza para no ablandarse - Desde ahora podrá recibir visitas, siempre que no sean largas.

- Nosotros estábamos cansados de venir y que no nos dejaran entrar - dijo Esteban - Desde ahora vendremos todos los días.

- Hace sólo dos - comentó el abuelo, acomodándose en su butaca - que el médico ha dicho que esto va bastante bien.

Julián los escuchaba en silencio, sintiéndose rodeado de la cálida atmósfera del amor y la amistad. Una alegre sonrisa distendía sus labios. El tío Pedro le habló:

- Esto te hará más que todas las medicinas del mundo. No hay nada como tener buenos amigos en las circunstancias difíciles. Y vosotros - señaló a los dos amigos - ya sé que habéis venido muchas veces a verlo, pero no ha sido posible dejaros pasar. Hoy ya es diferente.

Belita se había vuelto a sentar a los pies de la cama.

- Y tú eres una buena muchacha, no cabe duda,- dijo el abuelo, señalándola con el dedo.

- Yo quiero mucho a Julián - contestó la niña, pasando su mirada del abuelo al nieto.

- Eso es lo que le hace falta - dijo aquél, mirándola con atención -
- Ya veo que sois buenos amigos.

- Yo también os quiero mucho - dijo el enfermo, mirando a Esteban y a Jorgito, que se habían acercado, pero deteniendo por último su mirada sobre la niña.

Estuvieron allí una hora más, charlando animadamente. Belita, de las andanzas en el colegio de las salesianas, de las compañeras y las madres de las travesuras y proyectos de las cien niñas que allí estudiaban, soñaban y empezaban a pensar. Jorgito y Esteban de la escuela, del pueblo y del próximo bachillerato. Y Julián de lo que haría cuando se pusiera bueno, de lo que leía en las revistas, de los mil y un pensamientos que le cruzaban por la imaginación.

Y el abuelo escuchaba, con la pipa vacía entre los dientes, como en una vieja estampa de Sorolla...

- - - - -

Julián cogió una revista de cine que tenía sobre la mesilla de noche y se entretuvo en hojearla. Las hojas fueron pasando maquinalmente. Fotos y más fotos, estrenos de alto copete, biografías de estrellas, un soldado saludando con una alegre sonrisa, más allá un plató con una escena dispuesta a filmarse y más acá una estrella de cine que se parecía bastante a Belita. Tenía los ojos azules, la nariz recta y una ^{triumfante} ~~serena~~ risa abría sus labios, pero no tenía sus trenzas, sino una melena de rubio que le bajaba sobre los hombros y que quizá le llegase a la cintura.

Estuvo mirándola largo rato, preguntándose si Belita llegaría algún día a ser así. Tendrían que pasar unos cuantos años, ya no iría al colegio y probablemente tendría novio. Luego miró la fotografía del soldado y le encontró cierto parecido con él mismo. El seguramente vestiría algún día de esa manera, pero no saldría en las revistas de cine. Suspiró

barajando palabras en su interior. El soldado y la actriz, Belita y él.

Habían pasado diez días desde que vinieron sus amigos por primera vez y desde entonces no habían faltado ni una sola tarde. Ahora el abuelo volvía, después de acompañarlos a la escalera, a pesar de las protestas de ellos para que no se molestara. Entró en la habitación con el gesto más animado que de costumbre.

- Son buenos chicos, no cabe duda - dijo - Te quieren mucho. Belita es una niña excelente.

Tuvo una sonrisa y miró fijamente a su nieto.

- ¿Qué te pasa?

- Nada - contestó el niño, sonriendo a sus propios pensamientos - Estaba pensando en las musarañas.

- Es cuando se está mejor - aseveró el tío Pedro - No hay como pensar en las musarañas para demostrar que te estás poniendo bueno.

- ¿Por qué? - rió el niño.

El viejo lobo de mar se encogió de hombros.

- No sé. Es así.

Se sentó en la butaca y se dedicó a mirar por la ventana. Al cabo de un momento se levantó, acercándose al guardarropa y entreabriéndolo.

- Hay que prepararse ya. Hoy toca.

Sacó una chaqueta y un pantalón para Julián. Este se incorporó en la cama, quitándose el pijama y empezando a vestirse.

- ¿Ha venido ya el coche de caballos?

- No, pero poco tiene que faltar. Son ya las cinco.

Al poco rato, sintieron una voz en la cocina. Era la tía María, que avisaba de la llegada del cochero. Bajaron los dos, montando en la berlina. Plácido fustigó a su caballejo y éste arrancó en dirección a la calle Santoña, donde en el número siete vivía el doctor Pastrana.

El abuelo miraba simplemente el fondo negro del carruaje, con el gesto ensimismado, guardando su bastón entre las piernas. Julián miraba con avidez a través de los cristales de la ventanilla. De vez en cuando, al ver un conocido, le hacía una breve seña con la mano, como dicién-

dole que no tenía tiempo para detenerse. Cuando terminó la calle, de empedrado desigual que hacía vacilar al viejo coche, se iniciaba el barandal del mirador que permitía ver a la izquierda el puerto y sus embarcaciones, con el mar brillando suavemente en aquella tarde luminosa de septiembre.

Sintió alegría al contemplarlo. Allí estaba el "Mauritania", "La María Galana", "La Siempreviva", "La Esperanza de Laverna", desde los grandes vapores trasoceánicos hasta las barcazas más hogareñas. Todos llevaban un nombre, quién de su patrón, quién de su virgen, quién de su sitio de procedencia. Había allí predominio de blancos y rojos sobre el mar verdiazul, profusos gallardetes de vivos colores ondeando a la ligera brisa y en medio de todo uniformes blancos y azules, con hormiguelo de gentes moviéndose en torno a las embarcaciones, entrando, saliendo, subiendo y bajando.

- Abuelo ¿te fijas? ¡Qué bonito!

El tío Pedro levantó la cabeza y lanzó una breve ojeada al puerto

- Sí - dijo - No hay nada como el mar - Y volvió a caer en su mutismo.

Cuando terminó el mirador el coche torció a la derecha, entrando en una calle angosta y muy transitada, la calle de la Estrella. A aquella hora de la tarde la ciudad empieza a animarse. La gente se va a los bares situados en la explanada frente al muelle y toman el aperitivo, por lo regular a base de vervezas y mariscos, tan abundantes en Laverna. Aquél es el máximo lugar donde se realizan los más prolíficos y audaces comentarios sobre los sucesos del día. La gente ha venido de la playa muy cansada y buena parte de ella se distribuye en los mostradores y en las mesas de los bares próximos al muelle o simplemente pasea por la amplia avenida de Las Palmeras. Muchas de ellas aguardan allí a que oscurezca para entrarse a los cines al aire libre, sin llegarse siquiera por casa.

Y la calle de la Estrella es el camino más corto para llegar al puerto. Por allí empezaban a bajar parejas de enamorados, el matrimonio

con los chicos sacudiéndose aun la arena de la playa, los marineros viejos y jóvenes buscando su tertulia diaria, los corros de muchachas a la caza del pretendiente-marido, todo un poderoso flujo humano que con ímpetu de marea lenta iba desembocando en el puerto, huyendo del calor de la ciudad.

Los ocupantes de la berlina ^{seguián} tropezando con amigos y conocidos, a los que el niño saludaba con un breve agitar de su mano derecha y el tío Pedro con un leve movimiento de su cabeza ensimismada.

— Están arreglando el escaparate del almacenero - dijo Julián - La otra vez no lo habían tocado todavía.

- Sí, supongo que querrá renovar las existencias - contestó el abuelo, luchando por ^{salir} ~~salir~~ de su preocupado mutismo.

- El no está en la puerta. Y me gustaría decirle adiós.

- Ya lo harás a la vuelta.

Julián se dejó caer en el fondo del coche, sonriendo muy leve.

- Cuando se está mucho tiempo encerrado, da gusto salir a respirar el aire de la calle.

El tío Pedro, haciendo esfuerzos por aclarar su semblante, contestó

- Sí, es verdad, sales tan poco...

- Cada quince días solamente.

- Ya tendrás tiempo para salir - le animó - Todo el que quieras. Muchos años por delante.

- En cuanto sané daré un gran paseo por toda la ciudad. Me parece como si hiciera mil años que no la he visto. La primera vez que me levanté de la cama, después de dos meses, apenas sabía andar. Y cuando salga, quiero andar tanto, que apenas me acostumbre a estar en la cama.

- Eso ya es más fácil - sonrió el tío Pedro.

- No creas - dijo muy serio el niño - Acostumbrarse a la cama no es nada fácil. Le parece a uno que cada vez que se levanta estrena unas piernas nuevas. Como si antes no tuvieras sino medio cuerpo.

- Pero también te parecerá que tienes una gran provisión de piernas.

Julián se echó a reír.

- Es verdad. Habrá que vender en cuanto salga y empiece a andar con las mismas siempre.

Entraban ya en la calleja de Barrios, muy breve y poco transitada, pues es una de las más pobres y abandonadas de la ciudad. El empedrado, muy picudo, dificultaba el tránsito del carruaje. El caballo, hostigado por un latigazo de Plácido, dió mayor ímpetu a sus viejos miembros. Enseguida desembocaron en la calle Santoña, por contraste una de las más bellas y cuidadas de la vieja villa.

El coche se detuvo ante el número siete. Plácido bajo inmediatamente del pescante y abrió la portezuela. Era un hombre bajo y moreno, de manos y vientre grandes, y muy servicial.

- Hemos llegado, ¿no, Plácido?

- Sí, señor Pedro.

La innecesaria pregunta no extrañó a ninguno de los que la escucharon. Era usual. El tío Pedro, como si la llegada supusiera para él un presentimiento de naufragio, tenía ya nublado su semblante. Bajó primero Julián con aire despreocupado y a seguido lo hizo él, apoyándose en cada uno de los escaloncillos de la berlina con todo su peso y eludiendo con un ademán algo brusco el sostén que con su brazo le brindaba el cochero.

Julián ya estaba llamando a la campanilla. Era una casa de buena apariencia, de soportal bien encalado, con las puertas pintadas de un bonito color marrón. Sobre la interior, colocada sobre la parte alta de barrotes dorados y visillos blancos, había una sobria lamina dorada con el nombre del doctor.

En la sala de espera, amplia y algo sombría, con sillones de enea de alto respaldo y escenas inglesas de caza en las paredes, flotaba un vago olor a asepsia. Había allí un hombre esperando, al que ellos saludaron con brevedad, pues no le conocían. La enfermera le introdujo seguidamente y ellos permanecieron solos durante un largo cuarto de hora.

Al cabo de ese tiempo, le enfermera les avisó que podían pasar y

ellos la siguieron hasta el saloncillo de la clínica, donde les esperaba don Jorge.

Pastrana era un hombre alto, muy cargado de espaldas, de tez muy oscura y ojos negros y vivos, donde de vez en cuando soplaba una ráfaga de humor. Era viudo y habitaba solo en la casa. La necesidad de valerse de manos mercenarias para las cosas que él no podía hacer se notaba en lo mal que le sentaban las batas blancas, compradas a ojo de buen cubero. Para los trajes era lo mismo. De seguro le tenía todo sin cuidado, pues la gente no cesaba de llamarle, dado que era un notable especialista. La gente, aunque en cierto modo se deje influir por el aspecto de su galeno, sabe que en resumidas cuentas para curar una buena tuberculosis la elegancia es harina que no tiene por qué entrar en el mismo costal. El delgado cuerpo de Pastrana guardaba secado uno de sus pulmones y en el cerebro vivía tintineando la idea de que el constante uso de la cámara de rayos quemaría un día sus manos y cegaría sus ojos.

- ¿Qué, tío Pedro, cómo está usted?

- No tan bien como usted - contestó el marino, procurando despejar su frente cargada de preocupación.

- Vamos a ver, Julián, tú ¿qué tal, muchachote? - preguntó jovial, haciéndole sentar sobre un silloncito metálico sin espaldar -

- Echate fuera la camisa ¿qué tal te sientes?

- Pues muy bien, don Jorge - dijo reposado el niño, escrutándolo con curiosidad y obedeciendo su indicación.

Después de auscultarle y de hacerle decir treinta y tres varias veces, dijo el médico:

- Sí, señor, esto va bien. Tío Pedro, tiene usted un nieto bien fabricado. Se está reponiendo con lentitud, pero con mucha seguridad.

- ¿Cree usted que habrá que ponerle más estreptomocina? Unos gramos nunca está de más...

- Tu, tu - denegó don Jorge, meneando la cabeza - Tío Pedro, Julián no tiene ninguna necesidad de eso por ahora. Va comiendo mejor

¿no? Eso es lo que interesa.

A seguido, el doctor y Julián pasaron a la habitación de dentro, donde estaban los rayos. Después de un cuidadoso examen, que confirmó la buena opinión de don Jorge, pero que no hizo desaparecer la preocupación del viejo marino, el médico hizo tender al niño sobre la camilla, punzándole en el costado derecho para inyectarle el aire del pulmón.

El abuelo permanecía clavado en su silla, con los ojos fijos en todos los movimientos del médico. El bastón permanecía completamente fijo entre sus piernas. Sobre la mesilla de operaciones, con el torso desnudo y de cara a la pared, presentándole la blanca espalda de huesos pronunciados, yacía tendido Julián. Los ojos del anciano estaban graves y tensos y la mano con que se apoyaba en el bastón, de gruesos dedos encallecidos, se crispaba sobre la nudosa madera.

- No hemos acertado con la cámara - dijo don Jorge al cabo de un momento, extrayendo rapidísimamente la aguja del costado, al ver que no lograba entrar aire.

Se volvió al anciano, mirándole pacífico y con ademán tranquilizador.

- Esto no tiene importancia. Vamos a intentarlo de nuevo - añadió, volviéndose a la camilla y buscando con sus dedos el sitio apropiado.

La cara de Julián estaba tranquila. No sentía nada en su interior. Simplemente, esperaba. Desde la primera punción, acogida en su casa con cierto recelo, había alejado su preocupación con un sencillito: Sólo me puede pasar "eso".

El sabía, mejor dicho, intuía, lo que era "eso". Su imaginación se detenía allí sin querer desentrañar su significado. "Eso" era acabar, no vivir, terminar. Y para contrarrestar "eso", él había imaginado lo "otro". Lo "otro" consistía en la necesidad de vivir, en dominar la angustia del corazón para no levantarse y echar a correr, huyendo del pinchacillo que había de sentir en el costado. El sabía que en

el dispensario general un médico había pinchado mal a un enfermo y éste se había desplomado como si un rayo lo hubiera tocado. El médico, descompuesto, había salido a la antesala y con ademanes bruscos había hecho salir rápidamente a todo el mundo, diciendo que por aquel día no había más consulta. Luego, en presencia de su mujer, cogió al enfermo por los tobillos, auxiliado por su ayudante y lo agitaron fuertemente en el aire, buscando la reacción. Por fortuna, se había salvado, aunque la mujer, desgarrada, no esperaba verlo resucitar del horrible letargo. Alguien dijo después que el accidente no era extraño a las buenas libaciones vónicas que ponían subido color en la cara del doctor Arques.

Para Julián, lo "otro" consistía en olvidar aquello, no pensar, procurar no sentir el amor a la vida sino pálidamente reflejado en su interior, ir a la periódica operación con el ánimo distanciado de su propio yo, enfriar la mente y el corazón para mirarse a sí mismo como si fuera un simple espectador que en un momento determinado sentía un pinchacito en el costado y empezaba luego a respirar más hondo para mantener quieto el pulmón herido. Luego, con el pecho lleno de aquel aire extraño que no había penetrado por ninguno de los conductos conocidos, sino por aquel diminuto agujero del costado, levantarse, sonreír ampliamente al abuelo aunque esto le costara un ahogado esfuerzo, y marchar con don Jorge a la sala de rayos a ser nuevamente examinado. Luego, al tomar el camino de regreso y ya en la casa, tumbarse en la cama a respirar quietamente su callado y feroz amor a la vida.

Eso era lo "otro" y él lo esperaba así, paciente y férreo.

El segundo pinchazo tuvo éxito. Don Jorge conectó la aguja con la bolsa de goma llena de aire, vinculada al aparato registrador, y empezó a inyectar. De vez en cuando preguntaba ¿bien? y el niño decía: bien. El abuelo se mantenía expectante, temiendo distraer al médico con su sola presencia.

- Hoy inyectamos un litro - dijo don Jorge.

Al cabo de unos instantes dejó de aplicar aire, sacando velozmen-

te la aguja. A Julián apenas le daba tiempo de sentir el dolor. Según costumbre, permaneció quieto unos momentos descansando, levantándose luego tranquilo, aunque con la cara muy pálida y la respiración anhelosa.

- ¡Qué! ¿Bien? - preguntó don Jorge, en cuanto notó que el pecho de Julián se iba tranquilizando en su lucha por la asimilación de aire.

- Sí, bien - respondió con fatiga el niño.

- ¿Cómo te encuentras? - preguntó el abuelo, mirándolo de hito en hito.

- Bien, abuelo. Un poco cargado - contestó, respirando cuanto le permitían sus pulmones.

El médico le observaba. Sonrió satisfecho, viendo como el color volvía poco a poco a su cara.

Entraron en la pantalla. El examen fué más breve, quedando don Jorge contento de él.

- Bien, hombre, bien. Tendrás algo de dificultad, pero nada, pasará enseguida. Puedes entrar en el vestidor ya.

Julián, muy despacio, pues estaba aun fatigado, obedeció.

- Esta fatiga no tiene importancia, tío Pedro - dijo don Jorge, acercándosele al ver que se había levantado - El chico es resistente y asimila bien, aunque le cueste algún esfuerzo.

El abuelo le miró preocupado, retirándose al fondo de la sala, haciéndole una seña para que le siguiera. Le preguntó en voz baja:

- ¿No ha visto usted? Está mucho más pálido que de costumbre y le noto mucho más fatigado.

- Es que le ha entrado un poco más de aire - contestó don Jorge, yendo cerca, pero hablando en tono normal - La cámara es necesario agrandarla poco a poco, para que llegue a ser lo bastante amplia para que no haya necesidad de inyectar con tanta frecuencia. En vez de quince días como es ahora, no vuelvan ustedes hasta los veinte.

- Ya - suspiró el tío Pedro, tranquilizado, respirando a gusto por primera vez desde que salieron de casa.

Hubo una larga pausa, llena de latidos vivos. Julián había terminado de vestirse y se sentó en un sillón, esperando. Su pecho subía y bajaba con esfuerzo. El doctor pasó su mirada al abuelo, pensativo.

- Le quiere usted mucho ¿no, tío Pedro?

El viejo marino suspiró. Enarcó las cejas grisáceas y sacó tabaco y papel de fumar, ofreciendo a don Jorge. Este lió el cigarro sin mirar al anciano, mientras éste llenaba la pipa.

- Quiero verle crecer - dijo, con la voz algo velada - Será un excelente marino. No tengo a nadie más que a él, a pesar de mi mujer y de mi hija. Los viejos tenemos ilusión por los grumetillos que prometen capitán. ¿Qué quiere usted? Es el destino.

Su mano tembló ligeramente al encender. Avanzó dos pasos.

- Usted no tiene familia ¿verdad?

Los ojos del médico se nublaron.

- No. La tuve, pero se acabó. Aquello no se podía llamar familia. En su mirada había una chispa de dureza. Enseguida sonrió, amargo.

- Uno no tiene demasiada suerte - añadió - ¿Qué se le va a hacer?

El tío Pedro le miró profundamente. Vió muy de cerca dos iris negríssimos, con el alrededor pleno de diminutas puntas rojas que semejaban los bordes de dos estrellas sangrientas prestas a explotar detrás, hasta cegarle todo. Luego miró las manos del médico, morenas como la tez, embriagadas de movimientos exactos. Sintió que su propia mano se helaba en torno de su pipa, que sus propios ojos ardían durante un segundo dentro de sus cuencas. Bajó la cabeza, quiso decir algo, pero sintió de pronto lo inútil de todas las palabras.

- Comprendo - dijo. Pero su mirada decía más que cualquier cosa en el mundo. El doctor le puso una mano sobre el hombro.

- Gracias.

Julián esperaba paciente. Su palidez y su fatiga habían aumentado.

Cuando llegaron al coche, estaba lívido. Tirado en el fondo, llevaba los ojos cerrados.

Aquella noche, don Jorge fué avisado con urgencia. Julián había tenido su primera hemoptisis.

- - - - -

- Fué repentino, don Jorge - explicó el abuelo - Estábamos cenando en el comedor y oímos ruido en la habitación. Nos levantamos rápido y lo vimos boca abajo.

En el suelo habían quitado ya las huellas del brutal acceso. Julián, con la cabeza pálida sobre la almohada blanca y los ojos negros, desapasionados y blandos, yacía tendido con todos los músculos perdidos en una fatigada somnolencia. Manteniendo una mano entre las suyas, sentada a la cabecera, con la cara angustiada llena de ansiedad, estaba su madre. La abuela, en la otra habitación, reflejaba su tensión con la cara hundida entre las manos.

El tío Pedro, en el centro de la habitación, con la cara afiebrada y la barba temblona, iba contando al doctor lo que había pasado. Sus labios, perdidos entre la barba, se desgarraban metidos en las palabras. Los ojos, sin embargo, brillaban con tan desesperada lucidez, que hacía bajar los suyos al médico.

Este se aproximó al enfermo. Bajándole la parte inferior del párpado, escrutó la palidez interna. Hizo seña a Marta y éste le subió la camisa hasta el cuello. Don Jorge le auscultó sin decir palabra, mientras ella le miraba por encima del enfermo con los ojos empañados, sin osar llorar. Su frente plegada de líneas profundas, su boca cansada, las mejillas vacías la hacían parecer mayor de lo que lo era en realidad. Toda la ansiedad padecida desde el comienzo de la enfermedad de Julián parecía haberse desplomado de repente sobre ella.

- ¿Qué hay, don Jorge? - Había un desgarramiento en la voz, velado a fuerza de voluntad.

El médico hizo un gesto tranquilizador.

- Mucho reposo. Esto pasará pronto. Un ataque muy aparatoso, pero

que no creo tenga consecuencias.

Los ojos de Julián estaban fríos, llenos de indiferencia. El doctor le miró con atención.

- ¿Cómo te encuentras ahora?

- !Pscht! - Con una sonrisa esbozada entre los labios blancuzcos, añadió - Sólo puede pasar "eso".

Don Jorge enarcó las cejas, con un gesto de sorpresa. Enseguida, recogió sus labios y dijo muy despacio, pero con gran convicción:

- Pero pasará lo "otro", ¿sabes?

El niño le miró y no dijo nada. Parecía haberse ahorrado un encogimiento de hombros.

- - - - -

Los días que siguieron fueron terribles. Tras aquella hemorragia hubo dos más, que si no tan aparatosas, dejaron a Julián tan malbaratado y maltrecho, que a pesar de los ánimos que todos trataban de infiltrar le, él yacía sobre la cama como un pesado fardo inerte, manteniendo de continuo los ojos cerrados. Abroquelado en sí mismo, no quería ver ni oír nada.

El abuelo, clavado en su butaca, con la pipa vacía en la boca, fija la vista en el suelo, dejaba pasar horas y horas. El mar, su querencia de toda la vida, lejano y próximo a la vez, susurraba su lento murmurio junto a las casas cercanas y él no levantaba su cabeza una sola vez para buscarlo en aquellas horas amargas. Cuando venía el médico no le preguntaba nada, limitándose a mirarle a los ojos. Pastrana acabó por temer aquella mirada que se le posaba insistente desde el momento en que llegaba hasta que trasponía el umbral de la habitación. Aquellos ojos no le reprochaban, simplemente imploraban, pero con una desesperación tan mudamente desgarradora que al doctor se le contraía el corazón y a veces volvía la cabeza, sin atreverse a mirar la cara del anciano.

- Esto va mejor, muy despacio, pero va mejor - solía decir en ca-

da visita, con la familia congregada a su alrededor. Pero meneaba la cabeza con gesto grave, viendo como la enfermedad avanzaba lenta sobre aquel organismo que había perdido el anhelo de vivir.

Julián lo escuchaba indiferente. En su mirada negra, en el laxo derrumbamiento de su cuerpo había una fatiga tan profunda, que el doctor, tratando de estimular aquella naturaleza incapaz de reacción, recetó los medicamentos más enérgicos, aunque con muy pobre resultado. El niño se dejaba inyectar sin salir de su mutismo. De vez en cuando dejaba caer su mirada sobre los suyos, una mirada vaga y lejana, como si estuvieran a mucha distancia de sus inertes pensamientos y sus ojos, opacos, penetraban aquel mudo dolor sin conmoverse. Volvía la cabeza, cansado.

La madre y la abuela se metían en la habitación contigua para no entrarse más aun al enfermo, permaneciendo allí horas y horas sin moverse. Los primeros días fueron de lágrimas, de furtivas lágrimas para que Julián no se percatara. Luego fueron como dos estatuas inmóviles, una a cada lado del sofá, dejando pasar las monótonas horas sin ocuparse de nada.

Marta había dejado el taller en manos de las dos mozas que la ayudaban y sólo se ocupaba de remeter la ropa del enfermo, de darle las ~~las~~ medicinas, de besarlo y de vez en cuando ponerse a pasear por la casa como un fantasma. Algunas vecinas, piadosas, preguntaron, pero ellas no querían ver a nadie y las vecinas se marchaban después de la pregunta diaria: - Sigue igual, sigue igual - respondían invariablemente.

La abuela María hacía tres cuartos de lo propio. Ir y venir como una sonámbula, preparar la leche y el caldo que a duras penas soportaba Julián - era lo único que admitía su cuerpo - y mirar desolada como la ceniza se cuajaba lenta en el hogar, que llevaba varios días sin encender. Para calentar utilizaba un pequeño infiernillo. Se alimentaban de fiambres, tanto el tío Pedro como las dos mujeres. Un bocado triste los reunía a mediodía en el comedor y otro bocado breve

tomaban cuando el reloj de la sala daba las diez y don Jorge se acababa de marchar, con el último soplo de esperanza del día.

- Hay que dejar obrar a la naturaleza - aconsejaba - Todo lo que se haga ahora es gastar pólvora en salvas. Hay que tratar de animarle, aunque lo veo difícil. Ha caído en una depresión demasiado grande. Un enfermo, cuando lleva ya cierto tiempo, se conoce y sabe como está mejor que el propio médico. Y Julián se encuentra muy decaído. Las hemorragias que ha tenido han sido un golpe muy duro para él y cree que no podrá curarse, a pesar de todo lo que le digamos. Sin embargo, hay que luchar por levantarle el ánimo como sea.

- Se nos va, don Jorge, se nos va - decía Marta, conteniéndose para no llorar - No tiene ganas de nada. No come, no duerme. Yo, por las noches, planto a su lado el catre y le noto intranquilo. No hace más que revolverse y pensar. El piensa, no hace más que pensar en que se va a morir, y claro, eso no puede ser, don Jorge, eso no puede ser. ¿Qué va a ser de nosotros?

La abuela se apoyaba en ella, escuchándola.

- Díganos usted qué podemos hacer - pedía - ¿Qué podemos hacer para que se cure mi nieto? - Y le tiraba de la manga - ¿Qué podemos hacer?

Don Jorge meneaba la cabeza, apesadumbrado. Aunque endurecido por veinte años de profesión, jamás había tropezado con un caso como aquél. Apretaba los dientes dominándose y trataba de animarlos con las mejores palabras que encontraba.

- ¿Y no podrían venir sus amigos, don Jorge? - preguntaba el abuelo - Se distnería. Nosotros no podemos hacerlo. A mí se me hielan las palabras cuando quiero hablarle. Lo veo con los ojos cerrados enterándose de todo lo que pasa hasta en el rincón más lejano de las habitaciones y me hace un movimiento con la cabeza indicándome que no quiere oír nada.

- Es muy posible el contagio. Por ahora no puede ser. A ustedes no les puede pasar nada, pero a los niños se les contagia todo muy fá-

cilmente. No puedo permitir que peligren las vidas de otros.

Todos inclinaban la cabeza y el médico, aprovechando el silencio, se iba después de dirigirles una compasiva mirada. El abuelo se marchaba a la habitación de Julián y Marta y la abuela se derrumbaban sobre el sofá, esperando no se sabía qué milagro de resurrección.

Belita, Esteban y Jorgito venían a preguntar todos los días por el estado de Julián. Ellos eran fáciles de contener, pero a la niña era preciso ponerle una espesa barrera, pues su continuada insistencia amenazaba quebrantar la prohibición del médico.

El tío Pedro era quien se entendía mejor con ella. Cuando llegaban los tres, Marta hacía desde la puerta del dormitorio una seña al anciano y éste acudía a la sala a recibirlos. Hablaban siempre en voz baja para no hacer saber su presencia al enfermo que, claro, conocía sus visitas.

- ¿Cómo está hoy, tío Pedro? - preguntaba Belita - ¿No se le puede ver todavía?

- No, aun no - respondía el anciano - el médico dice terminantemente que no.

- A ese médico le voy a arrancar las orejas - se enfurecía ella - !No dejarnos ver a Julián! Cuando lo encuentre un día, le diré. !Hábrase visto, vamos!

El tío Pedro sonreía con tristeza al ver el arretrato de la niña. Jorgito y Esteban asentían sin palabras. Estaban dispuestos a seguirla.

Así habían pasado diez días y la enfermedad proseguía lenta su ~~en~~ consunción, minando aquel organismo juvenil por medio de la negación de la vida, plasmada en cada uno de sus cansados movimientos.

De usual, apenas dormía. Pero la mayor parte del tiempo mantenía los ojos cerrados. Después de la cuarta hemoptisis, muy breve pero intensa, parecía haberse negado el uso de la palabra, pues los días pasaban y no se escuchaba su voz sino para aliviar las más elementales necesidades del cuerpo.

Por eso, al oncenno día, el abuelo se sorprendió al oírle hablar.

- Abuelo - le costaba un inaudito trabajo. La lengua parecía tenerla clavada al paladar. Gotas de sudor le brotaban de la frente y de las sienes, haciendo patente su debilidad. No le miraba. Sus ojos, sin embargo, estaban abiertos, retratando una mirada impersonal - ¿Qué es morir?

El tío Pedro, sin decir una palabra, se inclinó sobre él. Julián le miró. Vió el rostro de un viejo de ojos azules, con la boina mal puesta en la cabeza, la barba descuidada como nunca lo estuvo, y unos ojos que le impresionaron. Los ojos del anciano estaban asombrados, hieráticos, parecían haber salido de una caverna a una repentina y dolorosa luz. Se cerraron de pronto, y la barba se crispó.

Luego, el anciano se echó hacia atrás, recogién dose sobre sí mismo. Hubo una larga pausa de silencio. Después, empezó a hablar.

- Vivir - dijo - es una navegación en la que cada uno es su propio piloto y su propio fogonero. Cuestión de timón y caldera, no cabe duda. Hay que manejar bien la vista y la pala. Cuando se leva el ancla, cada cual empieza a navegar en el barco que se le ha asignado. Los hay de primera, de segunda y de tercera clase y por distintas rutas, según la calidad del buque y las condiciones del piloto-fogonero, todos se dirigen al mismo puerto, el puerto de donde nunca se vuelve. Entre el nacer y el morir está nuestra ruta, nuestra vida, nuestra navegación, que esa sí podemos hacerla a nuestro gusto, sólo con el riesgo de que tengamos paquebote de tercera y nos metamos en remolinos demasiado grandes para la potencia del barco. Vamos dentro de un mar del que no podemos desertar, pero dentro del cual podemos utilizar la brújula de nuestra voluntad para elegir el camino. Un camino que nos haga pasar por islas felices y productivas o por islotes rocosos, que nos haga entrar en corrientes suaves o en fuertes turbiones, que nos haga llevar una navegación o vida feliz o desgraciada. Las calderas, que en el buque son el corazón del hombre, hay que llenarlas sin descanso. Hay que echar carbón continuamente, mucho carbón. Ilusiones, esperan-

zas, deseos, que nunca falte el deseo, que es el mejor síntoma de que la caldera arde y hace caminar al buque con soltura y alegría. Cuando una ilusión se ha tronchado o se ha cumplido, hay que forjar otras para continuar la ruta hacia puerto. Y el camino que recorreremos no puede desandarse. Una vez pasado, es imposible volverse atrás. Por eso es absolutamente necesario elegirlo con acierto y estar decidido a navegar con intensidad y plenitud. No hay que dejarse llevar por las malas corrientes que traidoras nos lleven demasiado pronto al puerto de destino. Porque se habrá hecho una navegación fantasma, en la noche negra, sin cielos azules, sin soles brillantes, sin aguas hermosas y profundas. La vida hay que vivirla despacio, con el ritmo y la plenitud de nuestra niñez, de nuestra juventud, de nuestra madurez y de nuestra vejez, que también tiene su plenitud, aunque no lo parezca. Son las cuatro estaciones del hombre, que éste, si es medianamente esforzado, ha de procurar llenar para poder decir cuando haya llegado al último puerto que realmente ha navegado, que realmente valía la pena de navegar por la vida. Lo esencial es no abandonarse, sino cuando en nuestro navegar nos amenace la noche negra, poner proa decidida a la luz del sol, para poder gozar y sufrir de la vida. El que se va a pique de repente ¿qué le va a hacer? El no tiene la culpa, pero el que no lucha por arribar limpiamente al último puerto, no merece la pena y la alegría de vivir. Y morir es lo último ¿no era ésa tu pregunta?

Había callado, observándolo. La laguna de silencio se prolongaba. Los ojos de Julián, posados en no se sabe qué misteriosas visiones, tenían una viva profundidad pensativa. Musitó:

- Y el morir es lo último...

- Y no vale la pena morirse - siguió el tío Pedro - sin haber conocido tantas islas hermosas que podemos encontrar en nuestra navegación. Una mujer, unos amigos, una vocación auténtica, un amor verdadero, una plenitud de sentirse hombre, la virilidad de sentirse padre o padre dos veces, como yo... En realidad son como los dos pla-

tillos de una balanza. En uno puedes poner toda la satisfacción, la aventura, las ilusiones, el poder de las fuerzas vivas y en el otro el dolor, la monotonía, los desengaños, el peso de la obra muerta, que como una pesada losa gravita a veces sobre el propio corazón. Quizá sea como en los barcos, que para navegar la necesitan. Cada uno contempla esa balanza y ¡qué caramba! al fin se rasca uno la cabeza y piensa que bien vale la pena de seguir viviendo, a pesar de todo, y porque quizá mañana todo habrá cambiado y haya momentos de felicidad que compensen estos de dolor que ahora se padecen.

- Me gusta eso de la balanza - dijo Julián - Esperar siempre... Tener siempre esperanza.

- Dicen que es el mal mayor con que fué castigado el hombre, poniéndole la careta de un bien inmenso. Pero si no fuera por ella, por esa planta que brota y se aplasta, volviendo a brotar, no podría vivir el mundo, que es toda una enorme isla de esperanza suspendida del universo. Lo que hay más allá de nosotros no se sabe. Esperamos, vivimos, ... Después del puerto de llegada puede haber algo, no sabemos qué, quizá no haya nada. Hay algunos que dicen que tantos dolores y tanto sinsabor como hay repartido por el mundo tiene que encontrar a la fuerza en el más allá el otro platillo de la balanza que la equilibre en el fiel. De otro modo afirman que todo sería demasiado monstruoso. El mundo, según ellos, sería un inmenso matadero, los hombres vivirían con los modos feroces de los animales, satisfaciendo sus peores instintos y los débiles se suicidarían en masa, porque sería imposible vivir sin la esperanza de un mundo mejor, que los compensara de los sufrimientos de éste. Muchos, en su fondo último, conservan esa esperanza o temen esa justicia. Creen que sin eso, la vida resultaría pequeña y estúpida. Hubo un gran escritor ruso que dijo que hasta el hombre más idiota necesita creer en Dios. Pero...

Se había callado, sumido en pensamientos. Julián le miraba con cierto asombro, luchando por entenderle. No le comprendía del todo, pero en su ánimo iba quedando una viva intuición de lo que signifi-

caban aquellas palabras, tan nuevas para él. El tío Pedro se había quedado abstraído, mirando fijamente hacia adelante, como si contemplara novísimas visiones. Al cabo de unos instantes levantó la cabeza, mirando al niño. Este aguardaba sus palabras.

- Pero si la creencia en Dios no se traduce en acciones de justicia y hermandad entre los hombres, no sirve para nada. Para que eso llegue, hay muchos nudos que repasar. Ir a la iglesia, creer en Dios, tener la esperanza en un mundo mejor, de acuerdo. Pero eso tiene que acompañarse de ser justos, de la consciencia y el remedio de que cada hombre tiene necesidades que tiene que ver cubiertas para que esa creencia en Dios sea real. Un hombre que ve que en el banquete de la vida le dejan el cubierto vacío o le sirven migajas mientras que su vecino se atraca de pollo, no puede escuchar con paciencia al predicador que le dice que se aguante porque el pollo se lo servirán a él en el otro mundo. Pensaré que es una mentira o una burla, que el otro mundo será o serán, que el pollo ya estará allá frío, que más vale pájaro en mano que ciento volando, y si tiene cierto temperamento intentará quitarle el pollo al vecino o con el cuchillo intentará abrir la barriga del predicador para ver si el pollo está allí.

Hizo una pausa, lanzando unas bocanadas de humo. Parecía haberse liberado de ideas que hacía tiempo le bulleran en el magín. Se volvió a su nieto y sonrió levemente.

- Bueno, creo que me he ido un poco por los cerros de Ubeda. La esperanza que yo te pido es muy de este mundo. Para navegar un poco, hace falta una carga de fe en sí mismo. Sin ella, lo más fácil del mundo es irse a pique.

- Pero yo necesito - replicó Julián - una buena salud para hacer la navegación que dices.

- No te preocupes. Ahora, se puede decir, estás al paio, metido en una calma chicha. Tienes que poner tensas todas las velas para aprovechar el menor viento que venga. Es lo que hacen los pescadores cuando

en alta mar, les sobreviene esa horrible calma que parece que no va a terminarse nunca. Extienden todas las velas y están ojo avizor para que en cuanto sople la menor brisa, poner la embarcación de popa, para alejarse enseguida del mar muerto en que han caído. !Estaría bueno que dejaran caídas las velas y se tumbaran esperando que alguien empujara la barca! Se quedarían siempre en el mismo sitio, sin una posible salida.

- Es verdad - dijo el niño con cansado acento - Hay que luchar.

Quedó silencioso. Sus ojos se detuvieron en los viejos retratos colgados de la pared. La tradición marina de la familia vivía en las caras antiguas, rodeadas de marcos dorados. Estaba el bisabuelo Carlos, con su gran gorra de capitán, unos bigotazos a lo Galdós y la clásica pipa en la boca. A su lado y de cuerpo entero estaba el tío Sebastián, con su uniforme azul de botones dorados. Apoyaba la mano derecha en un sillón frailerero, manteniendo un aire seriete y grave que hizo a Julián sonreír por un momento. El tercer retrato era un óleo representando la cara del tío Angelo, con su boina avascada y su barba gris que le llegaba al pecho. La pintura había sido ejecutada por un pintor a quien el marino había hospedado una temporada en su casa y que se marchó, dejándole aquel recuerdo.

Julián concentró en ellos su atención. Sentía que expresaban algo, que aquellos viejos muertos desde sus viejos marcos, se habían aliado al abuelo. Tenían sus ojos fijos sobre él, le dirigían sus miradas protectoras, empujándole con firmeza al mar libre de la vida, insinuándole amplios y lejanos horizontes donde podría emprender la larga navegación que aun estaba por hacer. Sentía que lo lanzaban lejos de su neumo, sus hemorragias, su vida suspendida en el vacío, su terrible insensibilidad ante el drama de su cuerpo...

Se incorporó en la cama, apoyándose en los codos. El abuelo le ayudó a ponerse la almohada detrás de la cabeza. Apretando la boca logró sentarse, aunque sentía dolores en todo el cuerpo. Chorros de sudor le corrían por ~~la frente y las axilas~~ la frente y las axilas y sus ojos,

rodeados de ojeras profundas, se alzaron vivos, brotando en ellos una llamerada.

- Es voluntad - dijo, apretando los dientes.

El tío Pedro miraba anhelante su transformación. El pecho de Julián subía y bajaba con angustia. Cerró los ojos, volviéndolos a abrir enseguida. Su cara, macilenta, se amorató por el esfuerzo.

- Que me traigan de comer - pidió.

El anciano se apresuró a levantarse y yendo a la cocina, trajo en un plato unas manzanas y varios plátanos. Pasó por delante de las dos mujeres a toda prisa y ellas se le quedaron mirando asombradas. Luego fueron tras sus pasos.

Con las manos algo temblorosas, Julián fué tomando la fruta que el abuelo le iba ofreciendo, mientras la madre y la abuela, desde el pie de la cama, le miraban llenas de gozosa sorpresa, sin atreverse a decir palabra.

Julián iba tragando con esfuerzo. Esto le ponía encarnadas las mejillas, pero él, sin mirar a nadie, con la fruta crispada entre los dedos, abría la boca, ingiriendo el alimento en bocados cortantes llenos de fatiga.

Ninguno se atrevía a hablar. De improviso, los ojos de Julián se pusieron blandos, empañados. Sus manos se aflojaron y apoyando la cabeza, boca abajo sobre el filo de la cama, empezó a vomitar.

Luego se tumbó en la cama, con los ojos cerrados. El tío Pedro y las dos mujeres bajaron la cabeza. Arreglaron la cama y las huellas del acceso y sin decir palabra, salieron de la habitación, con el rostro lleno de pesadumbre.

En aquel momento alguien llamó a la puerta. El abuelo fué a abrir. Era Belita.

- Buenas tardes - saludó - ¿Cómo está Julián?

- Regular - respondió el tío Pedro. Y le contó lo que había pasado.

- Ha vuelto a entrarle el desánimo - añadió - Ha cerrado los ojos y ha vuelto a hacer el mismo gesto que antes. Ya no quiere ver ni oír

nada.

- ¿Por qué? - preguntó ella.

- No sé - y le contó la conversación de aquella tarde.

- Bueno - dijo la niña con aire decidido - ahora está descansando.

Luego puede tomar otra cosa. Voy a verlo.

Ninguno de los tres tuvo fuerzas para oponerse. Belita entró muy despacio en la habitación. Julián seguía con los ojos cerrados y respiraba con fatiga. Ella permaneció de pie al borde de la cama.

- ¡Hola, Julián! - dijo de pronto.

El niño abrió los ojos. Su mirada aleteó unos segundos despistada. Después, al reconocerla, enrojeció levemente.

- ¡Hola, Belita!

- Me ha contado el abuelo lo que ha pasado. Y lo que habéis hablado esta tarde. Yo todavía no comprendo mucho eso, pero "sé" que tiene razón. Tienes que ponerte bueno como sea.

Julián sonrió. Había en su boca una mezcla de cansancio y de burla.

- Bueno. Y al fin y al cabo, ¿tanta lata por mí?

- Tú lo eres todo para ellos - se irritó la niña - ¿Es que no lo sabes?

- ¡Bah!

Los ojos de Belita brillaron con un relámpago. Bruscamente se aproximó a él y arrodillándose, le cogió por las muñecas, apretándoselas con fuerza.

- ¿Es que no te das cuenta de que tienes que vivir? - casi gritó en su excitación - ¿De que tienes que vivir por ellos? ¿De que si te echas a dormir no podrás vivir, no podrás querer, no te podré querer yo? ¡Estúpido! ¿Es que no sabes que eso no puede ser? ¿Que te tienes que poner bueno para ellos y para mí? ¿Por qué crees que he venido a verte tantas veces, tonto?

De improviso lo soltó, besándolo bruscamente en la mejilla. Se puso de pie y echando a correr hacia la puerta, pasó como una exhalación

ante los asombrados ojos de los tres, desapareciendo escaleras abajo.

Julián seguía atónito. Se tocó incrédulamente la mejilla y sus ojos, brillantes, se empañaron, derramando una sola lágrima.

- - - - -

Aquella noche, don Jorge, auscultando a Julián, se detuvo asombrado. Su primera sorpresa ya la había experimentado al entrar en la casa.

- ¿Qué pasa? - preguntó al ver las caras de satisfacción que le rodearon en cuanto entró.

El tío Pedro, sin contestar, le condujo a la habitación. Antes de alzar el picaporte, se detuvo.

- Un milagro, doctor - dijo con expresión feliz, y abrió la puerta.

Julián estaba sentado en la cama. Lucía un pijama nuevo y se encontraba cuidadosamente peinado. Seguía muy pálido, pero sus ojos le parecieron a don Jorge muy distintos. Parecían más negros y lucientes, despejados de las telarañas sombrías que los habían velado días atrás. Hojeaba una revista, muy manoseada ya, que guardó debajo de la almohada en cuanto vio que se aproximaba el galeno.

- Buenas noches, don Jorge - saludó con una amplia sonrisa - ¿cómo está usted?

- No tan bien como tú, muchachote - replicó don Jorge, sin salir de su sorpresa - Ya veo que te has decidido a vivir a lo loco. No hay como estar un poco ido para pasarlo bien. Ahora - añadió, sentándose y sacando el estetoscopio - vamos a ver qué ha pasado aquí.

- Aquí pasó lo de siempre, don Jorge - intercaló el tío Pedro, sentándose en el butacón, junto a la silla que ocupaba el doctor.

‡ Desabróchate, voy a reconocerte - ordenó éste.

Al cabo de unos momentos, apartó el estetoscopio. Con mucha len-

titud, y escrutando con atención la cara de Julián, dijo:

- Es asombroso. Apenas hay ruidos. !Qué diferencia!

El niño le miraba con una misteriosa sonrisa grabada en el rostro.

- Aquí pasó lo de siempre, don Jorge - recalcó el tío Pedro.

El médico se volvió, intrigado.

El viejo marino le guiñó un ojo. El doctor seguía sin comprender.

El abuelo se quitó la pipa de la boca y meneando la cabeza, dijo, mientras Julián sonreía como nunca lo había hecho:

- Ellas, don Jorge, ellas. Siempre son ellas. Cuando los hombres estamos abajo, ellas nos levantan. Cuando ellas bajan, a nosotros nos toca. Ya le contaré, doctor, ya le contaré...

Marta venía ya, trayendo la cena del niño. Don Jorge miró con asombro las abundantes viandas. Ella sonrió:

- Por ahora sólo se come la mitad. Pero ya va comiendo lo que necesita para encontrarse mejor.

La tía María, desde el umbral del cuarto, se sonaba suavemente, con los ojos empañados.

- - - - -

Al cabo de un mes, Julián pudo ya salir a pasear. Le acompañaba por lo general el abuelo, pero aquella tarde el paseo se vió aumentado con la presencia de Belita. Otras veces venían Jorgito y Esteban, pero el convaleciente se alegró de que esta vez faltaran ellos y viniera la niña. Era el último día que permanecía en Laverna . Al día siguiente, pues era octubre, se iniciaba el curso en las salesianas de Utrera.

A la salida de la casa, ya la abuela se encontraba en la ventana de arriba, dispuesta a contemplar su marcha. Pero apenas habían andado una docena de metros, ya tenía precisión de colocarse las gafas, pues sólo distinguía sin ellas una gran mancha sin contornos. Ellos,

antes de doblar la esquina, levantaron el brazo, saludándola.

El otoño se iniciaba ya, aunque Laverna, ciudad de la punta más sur de España, tenía todavía jornadas espléndidas de luz y calor.

El aire, desaparecida la fuerte sazón del mediodía, se transformaba en aquella hora de las seis en una brisa agradable que, procedente de las azules aguas marinas, refrescaba el rostro de los tres paseantes.

- Vamos a la tienda - sugirió el abuelo.

Belita y Julián asintieron, silenciosos. Habitualmente charlaban los tres de mil cosas, pero aquel día el tío Pedro se encontraba algo despistado, y ellos también.

Cuando entraron en el taller, un vaho caliente y espeso les dió en la cara. El tío Pedro se apresuró a hacer salir a la pareja, diciendo:

- Esto perjudica a Julián.

Luego se metió detrás del mostrador. Tras él estaban Marta y las dos mozas, con sus blancos delantales, sudorosas y afanadas ente las tres grandes mesas de planchado.

- Hola, muchachas - saludó el tío Pedro.

- Buenas tardes, señor Pedro - contestaron cordiales - ¿Cómo está usted?

- Bien, bien, mozas - se apresuró a responder - ¿no me véis?

Preocupado, llamó aparte a su hija, que había salido a su encuentro. Traspasaron el mostrador.

- Te los he traído aquí porque hoy es el último día que está ella en Laverna. Es una buena muchacha, lo sabes.

Marta aprobó sin decir palabra. Secóse la sudorosa cara con un pañuelo, y salió a la puerta. Los niños se acercaron.

- Buenas tardes, tía Marta - Saludó Belita.

- Hola, mamá. ¿Mucho que hacer?

La madre los escrutó con cariño.

- Hola, Belita. Regular, hijo - contestó, panándolo con la mano -

Lo que es menester, que nunca falte. ¿Cuándo es la marcha, Belita?

- Mañana. Pensaba ir esta noche a despedirme de todos - añadió con tristeza - Se acabaron las vacaciones. Y todo... - siguió, mirando a su amigo y bajando enseguida la vista.

El tío Pedro intervino:

- Bueno, vamos a dar un paseo, que luego cae relente.

El niño estaba ensimismado.

- ¿Qué pasa, hijo? - preguntó Marta.

- Nada, madre, lo que tiene que pasar - contestó él, dando una patada a una piedrecita para esquivar su turbación.

La situación se hacía embarazosa. El anciano cortó, diciendo:

- Hasta luego.

Los niños también se despidieron. Marta los vió marchar con una mirada de esperanza, mezclada con cierta tristeza.

Muy despacio, para evitar que se cansara Julián, fueron avanzando por el paseo de "Las Palmeras", que empezaba a llenarse de gente. Julián y Belita marchaban un poco delante, silenciosos. El tío Pedro, también abstraído, iba algo detrás, provisto como siempre de su pipa - esta vez humeante - y su viejo compañero el bastón. Saludaban con breve y serio gesto a los conocidos y amigos, como indicándoles que no deseaban detenerse. De tal guisa llegaron al extremo del Paseo.

Entraron en la avenida de los Mirtos, que se encontraba por lo general poco transitada. Es uno de los mejores jardines de la ciudad, pero por hallarse en obras, se veía escasamente concurrido. La gente prefería coger por el paseo de las Acacias, que marchaba paralelo y que no estaba obstruído con zanujas. La avenida de los Mirtos posee tan copioso arbolado que los rayos de sol se quedan en la superficie de las copas, irisándolas de oro cobrizo, sin apenas penetrar en el camino, bautizado con el pomposo nombre de avenida.

El abuelo marchaba inquieto. Su calma, berroqueña de ordinario, parecía haberle abandonado. Fumaba aprisa y miraba por entre los caprichosos dibujos a los niños, que apenas hablaban monosílabos. Disminuyó

algo la marcha, pero era tan lento el andar de ellos, que continuó yendo casi a la misma altura.

De pronto, unas voces gruesas se dejaron oír. El tío Pedro se detuvo. Por una de las muchas veredas que desembocaban en la avenida, salieron dos hombres, con facha de narineros. Los niños se pararon.

- ¡Caramba, qué casualidad! Juanito el Forzudo y el tío Sebas -
- exclamó el abuelo, animándose - Los conozco a legua.

Los dos marinos eran de edad más que madura, rayando quizá en los sesenta y tan idénticos como dos monedas de plata. Muy curtidos por el sol y con espesas barbas grises, vestían casaconas y pantalones azules y fumaban en dos pipas parejas.

Se detuvieron al ver a los paseantes.

- Buenas tardes, tío Pedro - saludó el tío Sebas - Hola, muchachos. ¿Qué tal se anda? Y tú, Julián. Reponiéndote como un cachorro ¿no?

- Sí, tío Sebas - contestó el niño - Y ustedes ¿qué tal?

- Nosotros bien, hijo - respondió Juanito el Forzudo - Este bastante testarudo. No me deja contarle la historia de la sirena que tenía sesenta automóviles marinos a su disposición para viajar por todos los mares del mundo.

- Es él el cabezota, tío Pedro - aseguró su compañero - No me deja contarle la del pescador que encontró cien perlas en la boca de una ballena.

El tío Pedro alzó el brazo derecho con ademán apaciguador.

- Todo eso son cuentos. Yo voy a resolver el asunto y así no habrá discusión. Vosotros - añadió dirigiéndose a Julián y Belita - seguid despacio y esperadme en el Escenario.

Los niños obedecieron. El abuelo los vió marchar con satisfacción y enseguida, cogiendo a cada compadre de un brazo, les dijo:

- Vamos a sentarnos en un banco. Para que no haya cuentos, os voy a contar algo verdadero y jamás oído. Aquella vez en que los Estados Unidos y Rusia se hicieron amigos de verdad...

Sus dos escuchas lo miraron con tan pasmada incredulidad, que el tío

Pedro estuvo a punto de mandarlos a paseo, al interrumpirse bruscamente. Juanito el Forzudo cruzó una mirada compasiva con el tío Sebas, como dudando de la razón de lo que decía el anciano. Pero reponiéndose, le rogaron que continuara. El tío Pedro, sin embargo, con un gesto malicioso, empezó:

- Sí, fué la época en que el ex-presidente Ike, ya ciudadano americano corriente, se fué con su señora y su perro a pasar quince días de vacaciones al Kremlin, convertido en hotel de única clase bastante lujosete para turistas extranjeros. Podían venir desde antiguos grandes de España, ya personas que trabajaban, a obreros de la misma nacionalidad, que ya cobraban. Aunque parezca increíble, los camaradas rusos hablaban ya tranquilamente de que la invención de la imprenta la realizó el magunciano Gutenberg y de que las remolachas que cultivaba en su jardín lunático el camarada Nikita eran de muy inferior calidad a las que obtenía en su huerta de Gales la ex-reina Isabel, buena agricultora del Reino Unido en su apogeo agrícola...

- Ya, ya... - los interlocutores del tío Pedro escuchaban impertérritos muriéndose de envidia. El tío Pedro, con su voz flúida y su gesto quevedesco, continuó su relato, digno de las mil y una noches.

Julián había agarrado de la mano a Belita, apretándosela con fuerza. Las voces de los marinos sonaban ya muy débiles en la distancia.

- Tenía ganas de estar a solas contigo - dijo.

- Yo también - sonrió ella. Su mirada era más brillante y expresiva que otras veces, y Julián sintió que algo desconocido le hurgababa en su interior.

Delante de ellos estaba la ancha escalera que subía al Escenario de la Bahía. El ruido del mar se hizo perceptible. A medida que subían, el rumor de las aguas aumentaba, enrollándose en lentas ondas sonoras.

El mirador de piedra estaba solitario, lo que resultaba extra-

ño, pues era el mejor sitio para dominar la ciudad y la bahía. Acercándose al barandal, se dejaron caer sobre él.

- Es un sitio estupendo - dijo Julián, poniendo su mano sobre la de Belita.

Ella le miró intensamente. Luego bajó la vista.

- Sí - dijo - miremos.

Sus ojos se encontraron de nuevo y se echaron a reír. Luego contemplaron la puesta de sol, con las manos juntas.

El puerto, a la izquierda, se veía envuelto en la tonalidad ocre del crepúsculo. La gente, hormigas en torno de los navíos, subían y bajaban por las escalerillas y pasarelas. Los gallardetes multicolores flameaban al viento como aves inquietas. La ciudad se aposentaba detrás, rodeaba el Escenario de la Bahía y llegaba hasta el malecón de la playa. Desde el mirador se dominaban los tejados de pizarra, grisáceos, los de tejas, del color cálido de la carne, los valles que formaban las plazas y parques, el pétreo caparazón redondo de la Colegial y flotando sobre todo, la iglesia de San Miguel, con la aguda punta de su torre bizantina. Todo aparecía rodeado de una suave fotosfera dorada, con los últimos reflejos del sol acariciando las casas, las iglesias, los malecones, los navíos, el mar.

Había caído la brisa y el sol, rojo y áureo como un corazón encandecido, iba entrando lentamente en la superficie de las aguas, tamizando con el reflejo de sus cabellos leonados la quieta cadencia del mar, ~~que entraba despacio a sonar su diaria sinfonía de sirenas y tempestades.~~

El vapor que hacía la rutaa ~~rutaa~~ cotidiana entre Laverna y la vecina Guadix, dejó oír su ronco claxon. Levaba del muelle.

- Es bonito ¿no? - dijo Belita.

El niño la miró.

- Mañana vas a dejar todo esto.

- Sí - estaba muy seria, como él - Pero volveré pronto.

- Me volveré a poner malo.

- !Quita allá! - rió ella - No puede ser.

- Te esperaré - dijo Julián, con la boca apretada y los ojos intensos - Tendrás que volver pronto.

Belita lo miró a los ojos.

- Dame tu mano - dijo. La apretó entre las suyas, cerrando los ojos. Te veo como eres. ¿Crees que puedo dejar de pensar? En el colegio ya pensaba en tí antes de venir. ¿O qué te creías? Nosotras pensamos siempre antes. !Vosotros sois más bobos...!

- Yo te quiero, Belita - dijo Julián, con la voz muy serena.

Ella sonrió, con los ojos empañados.

- Yo también a tí. Mucho.

Hubo una larga pausa, hinchada de pura felicidad. Lento, el crepúsculo había ido creciendo sobre el mar y la ciudad. Una flotante capa gris lo iba invadiendo todo.

La voz del abuelo se dejó oír al pie de la escalera.

- Bajad. Está empezando a caer relente.

- - - - -

Madrid, Agosto 1958